

Testificación en la Causa General

Capitán Manuel Gutiérrez Mellado
Alumno de la Escuela de Estado Mayor

[Transcripción de la declaración prestada en el Sumario incoado por el Juzgado Militar de la Causa General de Madrid para depurar las responsabilidades de los oficiales del Regimiento de Artillería a Caballo en el Alzamiento de julio de 1936, 8 de abril de 1940: Archivo Histórico Nacional, Fondo de la Causa General, caja, 1516/1, pieza n.º 2, tomo VII, ramo n.º 10, pieza n.º 18 bis]

PALABRAS CLAVE: Conflictividad militar; Franquismo; Fuerzas armadas; Fuerzas de seguridad; Golpe de Estado; Guerra Civil; Justicia militar; Madrid: Manuel Gutiérrez Mellado; Segunda República.

En Madrid a ocho de abril de mil novecientos cuarenta, ante este Juzgado compareció el testigo anotado al margen, el cual fue enterado del objeto de su comparecencia, de la obligación que tiene de decir verdad y de las penas en que incurre el reo de falso testimonio, siendo promesa con arreglo a su clase, y preguntado por las generales de la Ley, dijo llamarse como queda dicho, de 27 años de edad, de estado casado, natural de Madrid, de profesión Capitán de Artillería, que no ha sido procesado, y con domicilio en la Escuela Superior de Guerra.

Y que no le comprenden las demás.

Preguntado, manifiesta que de encontraba destinado en el Regimiento de Artillería a Caballo desde su salida de la Academia, dedicándose, como la mayoría de los Oficiales, a preparar la sublevación por medio del Capitán Méndez Vigo, con el Capitán Ponce de León, ingresando en Falange y dando cumplimiento a las instrucciones que allí se le dieron para un Movimiento Nacional Sindicalista que había de enlazar en su actuación al Ejército y a la Falange.

Al tener lugar el asesinato del Sr. Calvo Sotelo y precipitarse los acontecimientos solamente había podido trabajar la adhesión al Movimiento de sus compañeros, los Tenientes del Regimiento.

El día 17 [de julio], estando de servicio, se recibió la orden de acuartelamiento, circulando el rumor de la sublevación del Ejército en África y de que las Fuerzas de Asalto se habían sublevado, avergonzadas del asesinato de Calvo Sotelo.

Antes de la orden de acuartelamiento presenció, juntamente con el Teniente Esquivias, Ayudante del Coronel, que era en aquel entonces también Comandante Militar del

Campamento, la firma de la orden de entrega, en cumplimiento de otra por él recibida, de mil bombas de aviación al Aeródromo de Getafe, sin que sirviese para nada la resistencia de todos, habiendo servido aquello para aplastar el Movimiento en Madrid.

El día 18 transcurre esperando las órdenes que habían de venir por la División y que no sabe por qué causa no llegaron nunca; en la tarde de aquel mismo día se presentó el Comandante de Artillería Flores (que luego había de ser destacado Jefe rojo) con orden de recoger los camiones que había en el Cuartel para llevar municiones a las milicias, siéndoles negados por el Coronel e inutilizados, por si acaso, por el Teniente Zubizarreta, teniendo Flores que salir ante la actitud agresiva de la Oficialidad.

Por la noche se presentó en visita de Inspección el General Cardenal, al que se hace un recibimiento muy frío, mostrándose nervioso y con miedo a la Oficialidad.

Como el Comandante Flores había dicho que venía un convoy para las milicias, de Retamares a Madrid, en unión del Teniente Fernando Fernández Herrerín (asesinado en la Cárcel Modelo) fueron a esperarlos a la carretera, donde encontraron al Capitán Felipe de la Plaza, del Grupo Escuela de Información, volviéndose al Cuartel a las dos horas, en vista de que no había nadie; al pasar por Zapadores, el Teniente Cano, hoy Capitán, le dijo que el Teniente Coronel Carratalá había estado hablando con unos milicianos de una camioneta, que iba a volver pronto, y que aquel Jefe quería entregar el Cuartel de Zapadores a las milicias.

Al llegar a su Cuartel, el Coronel les amonestó por haberse ido sin su permiso, si bien al mismo tiempo mostrando satisfacción.

Apenas se había retirado a las baterías a descansar se oyó un fuerte tiroteo y desde la mas próxima garita del centinela oyó voces de mando y Vivas a España; acababa de ser muerto a tiros el Teniente Coronel Carratalá y un Alférez comunista, que se había traído de Segovia para su guardia personal, según noticias que nos trajo el Teniente Esquivias y otro compañero que no recuerda, enviados por el Coronel a Zapadores para ofrecerles si necesitaban alguna cosa.

La tropa, unos 500 hombres, pues había bastantes con permiso, se mostraban con una moral y disciplina ejemplar.

En la madrugada del día 19 se observaban algunas concentraciones de milicias en las proximidades del Campamento, sin que ocurriese novedad.

Por la tarde llegó la noticia de que habían llegado a Zapadores el General García de la Herranz y el Teniente Coronel Rementería.

El Coronel don Enrique Cañedo-Argüelles era una incógnita todavía; a las nueve de la noche, después de haber recibido la visita de los Jefes de Estado Mayor, que manifestaron al salir que hasta Miaja se iba a echar a la calle, reunió a los Jefes y Oficiales diciéndoles que había hablado con la División y que el General Miaja le había dado palabra de honor de desarmar a las milicias, añadiendo «de modo señores, que yo continuo a las órdenes del General Miaja y no hay nada de lo dicho».

Viendo el Coronel el ambiente de disgusto y de duda, dijo que uno cualquiera llamara a la División, hablando el Capitán Ávila con el Coronel Jefe de Estado Mayor Peñararúa, que por teléfono le confirmó la noticia.

El ambiente en el Cuartel era el siguiente: los Oficiales y el Comandante La Iglesia, de acuerdo completamente con el Movimiento, y los Comandantes Muro y Flores, verdaderos responsables de lo ocurrido en el Campamento, presionando al Coronel para que se uniese al Gobierno.

Poco después se supo que, al salir el Coronel Español para el Hospital por no decidirse a imponerse al Teniente Coronel, que quería unir las fuerzas de la Escuela de Tiro a favor del Movimiento, ni valor para unirse a este, había sido herido al ir en el coche hacia el Hospital por las milicias y muerto el Comandante Clavijo, que le acompañaba.

También llamaron de Cuatro Vientos pidiendo auxilio los elementos afectos, no consiguiéndose que el Coronel mandase refuerzos ante la presión de los Comandantes Muro y Flores; estando en esta discusión llegó el Teniente Cano con la orden del General García de la Herranz de sacar las piezas para defender Zapadores.

El Coronel Cañedo-Argüelles cita a los Capitanes, luchando las dos tendencias hasta que finalmente se impone la de sublevarse, y Muro y Flores, quizás recordando lo que le había ocurrido a Carratalá, dicen que son militares y compañeros y que se unen al Movimiento, saliendo de la reunión los Capitanes llenos de entusiasmo y, dando orden de llamar a los Oficiales, les dijo el Coronel: «Señores Oficiales, ante la presión de todos los Capitanes y de todos los Tenientes, ¿no es eso señores? —Si, si, si...—, contrariamente a lo que pensaba hace diez minutos me uno al Movimiento y estoy a las órdenes del mismo. Si alguien no está conforme, que se vaya».

A continuación el Coronel manda salga la 5.ª Batería a defender Zapadores y comunica al General García de la Herranz que ha quedado cumplimentada la orden.

Después, por orden del Coronel, el Comandante La Iglesia dirige la palabra a las Clases, que se mostraron con un espíritu magnífico.

Se capta un radio del Gobierno, en que se dice sea bombardeado urgentemente el Campamento, dando cuenta al Coronel, que lo comunica a los demás Cuarteles, siendo apagadas a tiro algunas luces por aparecer enseguida aviones, subiendo el declarante a la terraza donde tenían ametralladoras antiaéreas, sin que en ese bombardeo les hicieran ningún blanco.

A poco se recibe la orden del General García de la Herranz de que salgan dos baterías para marchar sobre Madrid, sugiriendo entonces el declarante al Coronel que era mucho mejor que, en lugar de salir con ganado las baterías, se enganchasen las piezas en camiones, pues de este modo sería más fácil su manejo y el objetivo sería menos visible a la aviación, ordenándole entonces el Coronel que fuese a dar cuenta al General, el cual le ordenó a su vez que pidiese los camiones al Grupo de Información, cuyo Jefe, el Comandante Pérez Montero, le dijo que antes tenía que ver personalmente al General, todo lo cual dio lugar a una pérdida de tiempo enorme apareciendo entonces por la carretera de Extremadura una columna de milicias y guardias de asalto, protegidos por carros blindados de la Dirección General de Seguridad, fuerzas que fueron dispersadas por las piezas de la 5.^a Batería, servidas personalmente por los Tenientes García Benítez, más tarde asesinados, y por una Compañía de Ingenieros que salió de aquel Cuartel.

Desde las cuatro a las ocho de la mañana no cesaron de ser bombardeados por la aviación, contra la que estuvo disparando el declarante.

Llega la noticia de la rendición del Regimiento de Artillería de Getafe en el que se cifraban grandes esperanzas, y con cuyas piezas poco después habían de disparar contra el Cuartel.

La situación en el Cuartel es muy confusa, pues la labor de los Comandantes Muro y Flores, de trabajar a las fuerzas a favor del Gobierno va surtiendo de sus efectos, llegando a ser izadas dos banderas blancas que fueron quitadas por los Tenientes Rafael García Benítez y Cirilo Ramiro, siendo los Tenientes y Capitanes los que sostienen la moral a favor de la sublevación, haciendo la situación más difícil los continuos bombardeos de aviación y artillería y el haber sido herido el Coronel.

En vista de esta grave situación marcha el declarante a ver al General García de la Herranz para proponerle la salida de una batería y explicarle la situación, encontrándose allí un ambiente lamentable de falta de dirección y desorden, y al mismo General discutiendo con la tropa.

Al volver a su Unidad se encuentra que ya todo se ha perdido y, decidido a no entregarse, coge un mosquetón y cartuchos y se echa al campo, uniéndosele los Capitanes Ávila y Marcelino Díaz, los Tenientes García Benítez y un soldado falangista sevillano llamado Olivares.

Al pasar por la Escuela de Tiro de Infantería, ya en poder de las milicias, tienen que abrirse paso a tiros, consiguiendo llegar tras penosa marcha a Villaviciosa de Odón donde, por tener relaciones familiares y amigos, cree podrá salvarse el grupo.

Sus compañeros de grupo, al volver hacia Madrid, gestionando les acompañen de elementos de confianza, son detenidos, consiguiendo por fin llegar a la Dirección General de Seguridad; el declarante consiguió permanecer en el pueblo hasta el mes de Agosto en que, detenido, fue llevado a San Antón, siendo juzgado como desafecto, pues, gracias a la desorganización que reinaba en la Zona roja, no llevaron los antecedentes que sobre él obraban en el Ministerio de fascista peligroso y promotor de la rebelión, pues además en el citado Ministerio de la Guerra se le había dado como muerto.

Puesto en libertad en Marzo de 1937, ingresa en la Embajada de Chile, pasando luego a la de Panamá, y viendo eran inútiles cuantos esfuerzos intentaba para salir de Zona roja, se salió de la citada Legación del Panamá con documentación falsa, en febrero de 1938, entrando el 22 del mismo mes al servicio del Espionaje Nacional en Zona roja, en el que continuó durante el curso de Nuestro Glorioso Alzamiento.

Ratificase, previa lectura, firmado con S. S. Doy fe.